

TE JURO QUE TE MATO

de

Gustavo Ott, 2015

Monólogo/ TEATRO BREVE

ADVERTENCIA: Todos los Derechos para su puesta en escena en Teatro, Radio, Cine, Televisión o Lectura Pública, están reservados tanto para compañías Profesionales como Aficionados. Los Derechos y permisos deben obtenerse a través de SGAE. Quedan reservados todos los derechos. Quedan especial y terminantemente prohibidos los siguientes actos sobre esta obra y sus contenidos; a) toda reproducción, temporal o permanente, total o parcial, por cualquier medio o cualquier forma; b) la traducción, adaptación, reordenación y cualquier otra modificación no autorizada por el autor a través de su agente c) cualquier forma de distribución de las obras o copias de la misma; d) cualquier forma de comunicación, exhibición o representación de los resultados de los actos a los que se refiere la letra (b); e) Queda expresamente prohibida la utilización de otro nombre que no sea el del autor como responsable de esta obra, en especial, las formas "versión de" o "adaptación de", ya que el autor es propietario del 100% de los derechos de estas obras. Los cambios de lenguaje, contextualización al habla de las distintas culturas, cortes, agregados de palabras, improvisaciones, modificaciones de escenas o de personajes, etc, forman parte del dinámico trabajo de puesta en escena en el teatro actual por parte de directores y actores, pero no da pie en ningún caso a entender el espectáculo como "versión" "adaptación" de este original. Las adaptaciones serán permitidas cuando se trate de un género a otro (teatro a cine, por ejemplo) pero siempre bajo la autorización del autor a través de su agente, SGAE. La infracción de estos derechos podrá conllevar el ejercicio de las acciones judiciales que en Derecho haya contra el infractor o los responsables de la infracción. Los Derechos de estas piezas están protegidos por las leyes de Propiedad Intelectual en todo el mundo y deben ser solicitados al autor (www.gustavott.com.ar) o a su representante la Sociedad General de Autores de España.

® TODOS LOS DERECHOS
RESERVADOS
Register of Copyrights,
Library of Congress, 2015
Sociedad General de Autores de
España-SGAE 64.171 Gustavo Ott.
Socio: 64.171
Web: <http://www.sgae.es>
gustavott@yahoo.com
V5 ABR22

EN ESTADOS UNIDOS:
Susan Gurman, *Agent*
Susan Gurman Agency LLC
14 Penn Plaza, Suite 1703, New York,
NY 10122-1701
Tel: 212 749 4618 Fax: 212 864 5055
www.gurmanagency.com
gustavott@yahoo.com

Te juro que te mato fue producida y estrenada en 2015 por el Teatro Forte en la Sala Cabrujas de Caracas, Venezuela, bajo la dirección de Vladimir Vera. Contó con el siguiente reparto:

VALENTINA GARRIDO..... Virginia

Producción:.....Teatro Forte.

Dirección:..... Vladimir Vera.

(Ruido de fuego. En escena, Virginia. De pronto, una luz amarilla brillante la envuelve. Ella se cubre los ojos. Pausa)

Las llamas aparecen abiertas, como si el fuego tuviera tres piernas.

En el centro, una coraza de humo con pequeñas columnas de brasas rojizas, como acabadas de pintar, esconden lo que ha sucedido.

El Nissan Altima luce descolorado, desteñido, tan calcinado que parece a punto de desaparecer. ¿Puede un carro derretirse a causa del fuego? ¿Fundirse hasta convertirse en líquido?

—Quizás sí— digo en voz alta, aunque nadie me oye, hipnotizados todos por este baile de las llamaradas.

Soy de las primeras en llegar al sitio de los hechos, y me narro a mí misma mientras trato de darme ánimos a esta hora de la mañana. Aunque, técnicamente, no soy la primera, porque ya antes estaban los curiosos y los que intentaron ayudar: un conductor nervioso que llamaba por teléfono y gritaba un nombre; una señora inquieta que miraba fijamente la escena mientras terminaba de morder un sándwich; un oficial de tránsito irritado tratando de mantener la calma de todos.

Pero, de los que conocen a las víctimas, pues sí, soy la primera, y creo que también soy la última en llegar.

Se trata de una simple coincidencia. La entrada a la autopista está frente a la calle donde vivo. Y desde mi apartamento en el piso siete pude ver el pilar de fuego y hasta oí el frenazo. Es que si echas a un lado las ramas de los árboles moribundos que dividen la autopista de la calle, seguro que desde ese canal ves la ventana de mi cuarto y quizás hasta podrías tomarle una foto a mi esposo recién despertado.

Y también a mí, durmiendo, durmiendo a su lado, pero sola.

Mientras veo el Nissan despedazándose, el fuego se levanta con jadeos, como si fueran tres caballos trotando, abatidos luego de una carrera a distancia. La combustión cansa, pienso, al tiempo que tomo un poco de ese aire abrasado y me preparo para este día que comenzó demasiado temprano, más de lo que debía, muy muy de madrugada.

Y me digo:

—Qué bonito sería que todo esto fuera un sueño.

Por lo temprano que es.

Pero no, de sueño no hay nada entre estos fuegos, accidentes y atentados lamentables. Y me digo:

—Aquí me quedo unos minutos viendo este fuego que resopla y las columnas de incandescencia, sí señor. Aquí, frente a esta impresión que tenemos todos de lo que ha sucedido; con excitación, pero también con admiración porque estas desgracias abren los ojos, nos despiertan los Martes muy temprano en la mañana y nos inquietan, porque apasionan.

(RUIDO DE SIRENA Y CAMIÓN DE BOMBERO)

Los bomberos llegan y uno de ellos dice con seguridad:

(COMO BOMBERO)—El incendio no será problema.

Cuatro efectivos se acercan con extintores especiales y rocían el vehículo. En cuestión de segundos el fuego ha sido apagado.

Cuando el jefe se acerca a ver los restos, menea la cabeza y hace una señal al policía.

(COMO BOMBERO)—Esto es con ustedes.

El policía se acerca con antipatía, como presintiendo lo que todos imaginamos con ese olor empalagoso, reconocible y aterrador.

A la distancia veo un cráneo. Si lo miras bien, hasta los dientes puedes ver. La imagen sugiere además los huecos de los ojos y hasta la

expresión del conductor incinerado que da la impresión de que está gritando. No es para menos: con ese fuego, ¿quién no? ¿Verdad?

Y yo, que casi digo en voz alta, como quien está obligada a entretener:

—¡Esa cara de grito del muerto es como para abrir el noticiero!

Pero realmente digo otra cosa. Digo:

—Si tan solo mi marido pudiera hablar, decir las cosas, entablar una discusión importante o cotidiana. Pero para eso, a decir verdad, estamos las esposas, ¿no? Para mentirnos compasivamente.

Una se debe a su público, es la verdad.

El policía alzó la voz y dejó todo claro:

(COMO POLICÍA) —Esto es asesinato, señoras y señores. Mejor aléjense del lugar del crimen.

Ya, listo. Por fin tenemos nuestro primer trozo de realidad comprobada de los Martes de Marzo: esto es un homicidio. Tenía que ser porque nadie se suicida de esa forma. Nadie rocía de gasolina el carro, le prende fuego, y luego sale corriendo para ponerse frente al volante. ¿Quieres que te diga algo más? Muy bien: dentro del Nissan hay dos cadáveres con cuatro disparos. Dos para cada uno. Parece que estas cosas tienden a la simetría para que sean mortales de verdad.

Y me digo: si tan solo esta tragedia hubiera ocurrido en otro lugar; si tan solo yo no reconociera ese Nissan tostado; si tan solo esa calavera quemada no fuera la suya y, en definitiva y por esta vez, si tan solo él no hubiera sido parte de aquello.

En este delirio me hubiera gustado concluir que estas cosas pavorosas suceden exclusivamente en los países y lugares donde no vivo yo.

Pero ocurren, claro que sí, aquí mismo, cerquita, tanto, que parece que siempre el muerto eres tú, o por lo menos que es contigo.

Sin decir quién soy y como si fuera una curiosa más, me acerco al policía que informa a los medios:

(COMO POLICÍA) —Tenemos la presunción de que estaban muertos antes de comenzar el fuego porque presentan dos balazos en el cráneo, quizás de 9mm.

(COMO PERIODISTA) —¿Y los identificaron?

(COMO POLICÍA) —Sí, pero no te puedo decir, *porque ella era una persona famosa.*

Seis palabras y ya lo sabemos todo. Que eran un hombre y una mujer. Él, un tipo mayorcito, no tan guapo y más o menos torpe. Ella, famosa, joven y bella y lista, podrían agregar. En fin, una chica famosa. Por lo menos famosa para mí.

La hija de los vecinos trabajaba en la tele. Una belleza. Una chica bonita y lista. Fue lo que pensé cuando se mudó con su familia al sexto piso de nuestras residencias. ¿Cuántos corazones romperá aquí, en este edificio de ascensores pecaminosos y sótanos para el adulterio? Muchos, todos, hasta el de mi marido, ese mismo que ahora yace a su lado, quizás con el corazón completo, aunque achicharrado, eso sí.

(RÍE) No te rías, que la situación no está para eso. Por lo menos, que no te vean burlándote, que no te pille la cámara, que el policía no se dé cuenta.

Ahora, la pregunta en esta emergencia mayor es: ¿quién pudo haber cometido un crimen así contra una maravillosa chica de dieciocho años? ¿Fue por ella o quizás la niña no es más que una víctima circunstancial y el verdadero blanco era mi marido? ¿Se tratará de un crimen pasional? Aquí entre nos, yo no conozco ningún crimen, ni acción, ni gesto, ni siquiera idea, que no sea así: pasional, ardiente, fanático.

¿O hay algo más en esta historia? Siempre hay más en estas historias...
¿verdad?

Como cuando mamá me preguntó si yo pensaba que mi marido me engañaba. Le dije que no, que estaba segura.

(COMO MADRE) —¿Y cómo lo sabes?

—Una está segura, mamá. Una sabe. Tienes percepciones muy claras sobre tu marido, lo que desea y sobre lo que es capaz de hacer. No pienso en Pedro como un hombre que podría querer estar envuelto en una situación de engaños.

(COMO MADRE) —¿Y tú?

—¿Yo qué?

(COMO MADRE) —¿Tú no lo engañas?

—¿Yo? ¿Estás loca? ¿Has visto mis piernas? — le dije rápido y buscando una salida cómoda.

No, no era una respuesta, pero sin duda era algo así como una aproximación.

A mí, la verdad, pensar en ser infiel me da asco.

A mí, la verdad, pensar en mi marido infiel es como pensar en esta ciudad, también infiel.

Si lo piensas demasiado, no podrías salir a la calle.

(SIRENAS DE AMBULANCIAS A LO LEJOS)

Dicen los forenses que seguramente a Pedro y a la vecina famosa les dispararon y que luego los calcinaron en plena vía pública durante la madrugada de ese día. Y es cuando lo dice:

(COMO FORENSE) —La llamamos la *hora del lobo*: entre las cuatro y media y las cinco y media; la hora en que más gente muere.

Al parecer, en esos minutos, el lobo urbano se acerca clandestino por las calles vacías y el silencio, tutelando la ciudad. Es en ese momento cuando la noche se despide como la muerte, dejándote con esa sensación de que no la volverás a ver nunca más.

Hasta que la noche siguiente llega, y la madrugada y el lobo se repiten, claro que sí.

Confieso que, durante esa *hora del lobo*, Pedro luce como yo, sin mordiscos ni heridas mortales, quizás porque pronto se levantará para ir a trabajar. En el estacionamiento espera por la vecina famosa y joven y lista y hermosa, y ahí, entre los dos, desvanecen el sótano, la ciudad, el lobo y hasta el Nissan Altima, que por lo demás es mío.

(A UN ESPECTADOR) Sí, ríete. Aunque, como lo hacen en mi carro, he pensado que la cosa es algo así como un trío, es decir, que de pronto yo también estoy ahí.

Después de todo, ella es lista y bella y joven y famosa. Y el Altima lo compré hace poco y con todos mis ahorros de tonta y fea y mayorcita y anónima.

Quiero decir que ese carro me ha costado la vida.

(JADEOS A LO LEJOS. CARRO QUE ENCIENDE)

Cada día que sucede, me entristece. No es por la traición, sino porque pienso que si Pedro se quedara aquí, no en mi cama, sino en la oscuridad del coyote, del lobo y del chacal, mantendría esa cara de niño protegido, de hombre en paz, de ser humano que sueña. En la hora del animal salvaje, si nos quedáramos juntos, detenidos, pero perdurando, él no mentiría, ni yo no estuviera escondiéndome, ni él ni ella tuvieran esos disparos en la cabeza, ni el fuego les hubiera arrasado la piel; la de ellos y la de mi Nissan Altima que tanto quería. ¿Tanto como a él?

Bueno, tampoco hay que exagerar.

Todo ha sucedido.

Hoy es hoy y no la madrugada de ayer. Hoy es el día de las bestias que muestran una verdad.

(CAMBIAN LAS LUCES SEGÚN TEXTO)

El humo negro no termina por desaparecer. Se diría que logra teñir una nube con forma de pájaro que nunca se mueve del cielo del accidente y que abraza la ciudad con tanta fuerza que parece amordazarla.

El mediodía llega gris; anegado, como si el día ya hubiera perdido sus fuerzas y se hubiera rendido ante el recóndito gemido de la autopista.

Mientras manejo por la ciudad, mi teléfono anuncia cien llamadas. Es la noticia que todos quieren darme pero que yo ya sé.

(COMO AMIGA) —Virginia: ¿Dónde estás?

(COMO AMIGA) —Virginia: ¡Es urgente!

(COMO AMIGA) —Virginia: ¡La policía quiere hablar contigo!

Y por cierto, hay dos mensajes de la policía: uno, para notificarme que debo llamar al inspector Pineda. Y otra, que no me cambie de ropa ni me lave las manos.

Pero el más tierno de los mensajes es el de mamá:

(COMO MADRE) Hija, ¿fuiste tú? ¿Fuiste tú? ¿Los mataste a los dos?

Tan bella. Madre solo hay una.

Y así me llegan estos tres pensamientos que parecen uno.

1-Pedro me engaña.

2-Esta ciudad me es infiel. Y mucho.

3-Mamá prefiere a mi hermana.

Sí, se trata de tres cosas muy serias; tres ideas sobrecogedoras, inauditas y hasta majestuosas. Pero, te confieso, hoy y aquí, que no me importan. Que no me afectan realmente.

Por eso es que creo que no pude haber sido yo.

Digo, la responsable, el autor o autora del crimen, sin más.

Pedro ya no quería estar conmigo. Mamá prefiere a la que se parece a ella. Y esta ciudad me quiere quemar.

Y nada de eso me importa.

(LUCES. RUIDOS LEVE DE CORAZÓN. ELLA TOMA UNA TAZA)

La noche cayó como si fuera un piano lanzado desde una ventana.

Y me digo: lo bueno del corazón es que se oye todo el día, y hasta cuando duermes suena con ese tenaz rumor apagado que parece que lo han puesto ahí, sin más, para contar el tiempo. O lo que nos queda de época. O más bien entre tareas: llegar a la casa, preparar la cena, ver la tele.

¿Era ese, el carbonizado, el del Nissan chamuscado, el mismo Pedro con el que me casé? Ahora que lo recuerdo, parece que en algún momento lo cambié. No es que él haya cambiado por sí mismo, sino que he sido yo la que lo ha transformado. Quizás se trata de un hombre con el mismo nombre, no lo sé, pero a este Pedro de hoy lo veo ajeno; un desconocido vacío, desocupado, incógnito, como si fuera un área solitaria del espacio a la que aún no le han puesto un nombre.

Cuando pienso en él, así como hoy, por lo regular tengo algo en la mano; un vaso o una taza o una botella, y yo me quedo ahí con mis cosas y la boca abierta, el pelo despeinado y los ojos cerrados. Se trata de una pausa empapada, la pausa pobre, la pausa desvivida, la pausa de la malograda. Mira cómo es:

(VIRGINIA HACE LA PAUSA QUE LE CUESTA MANTENER)

Ríete, pero yo, sin esa pausa, no me enteraría de que algo importante ha sucedido en mi vida.

Como las últimas palabras que nos dijimos Pedro y yo;

—Sé que te acuestas con ella.

—Y también sé que no eres feliz.

—Ni con ella ni conmigo.

—Y sin embargo, te juro que te mato.

En realidad, estas frases, cuando las dices, no son tan graves y más bien suenan muy bonito.

Bonito como eso que ahora dicen de mí; que estuve ahí a la hora del lobo, en plena entrada a la autopista y frente al Nissan, con el revolver en una mano, y con el tarro de gasolina en la otra.

Y que les disparé y les prendí fuego a los dos.

Yo, claro, afirmo y niego, dependiendo del momento.

Y de la oscuridad.

Como la de esta casa y hoy.

Claro que sí; una casa que está oscurísima y en negruras porque YO estoy adentro.

(LUCES. RUIDO DE ALGUIEN QUE LLEGA)

Entonces, llega Pedro. Deja las llaves del Nissan sobre la mesa y ya le voy a contar lo del fuego, la vecina, el Nissan, y los mensajes de la policía, y su esposa, la acusada. Pero es él quien habla primero:

(COMO PEDRO) —¿Por qué tienes la casa siempre a oscuras, Virginia? ¿Estás loca?

—Loca no; tempestuosa, turbulenta e inclemente.

(COMO PEDRO) —Eres rara, Virginia. Eres rara.

—Yo, la rara.

Pedro va directo hacia la cocina, saca una cerveza de la nevera, se arroja al sofá, se quita los zapatos, abre la cerveza, se la toma completa de un solo intento y ahí se queda, viendo la tele. Me refiero a que se pierde observando el aparato de la televisión apagada, con su imagen que se ve reflejada como si mi marido fuera un programa en blanco y negro que están transmitiendo por los canales de la TV; una serie cutre, una película ordinaria, un comercial soso detenido para que todos vean el producto “Pedro”, también detenido, el único capaz de colocarle, en un segundo, todas manchas posibles a la ropa.

Dejo de observarlo y me meto en mi cuarto. Cierro la puerta, aunque no le paso la llave, no hace falta, aquí yo vivo sola o por lo menos soltera. Pero el gesto me hace pensar en esos encargados de la funeraria cuando ha llegado la hora de cerrar el féretro para siempre. Decido entonces dejarle la puerta medio abierta, como un ataúd franco en capilla ardiente, para que lo puedan ver los que quieran y los que lo han querido. Alguna persona querrá despedirse de mi marido, quizás la vecina joven,

bella y lista, tal vez para ver el resultado lamentable de su obra. Aunque eso lo dudo.

Por mi parte, debo recordar varias cosas antes de que me desmaye en la cama:

Lo principal: que mañana, cuando él se vaya a trabajar y se encuentre con la vecina joven y lista y bella, yo, esta que está aquí, les prenderé fuego luego de meterle dos balazos a cada uno.

(MÚSICA NOBLE PERO MISTERIOSA. GRUÑIDOS. ELLA, TENSA)

Pero no sucede porque a las cuatro y media de la mañana, por la puerta entreabierta de mi dormitorio, volviste a aparecer:

Tú, que siempre llegas a esta hora.

Una y otra vez.

Tú, que me aterras, con tu visita de todas las noches a las cuatro y media de la mañana.

Tú, que comienzas con tus ruidos mientras yo miro fijamente el pasillo que comunica a la sala donde duerme Pedro. Entre él y yo vuelve a estar el carraspeo de tus dientes, el ruido de tus jadeos, y el eco de tu respiración fatigada, esa que siempre tienes, como si acabaras de llegar corriendo a mi casa.

Eres tú, lobo.

Tú, lobo inmenso. Lobo que me sales en la noche, que me separas de Pedro y que entras en mi dormitorio.

Tú, lobo alto que me llegas hasta la cabeza. Que, si te paras en dos patas, rozas el techo, y que si me caes encima, me revientas. Tú, lobo blanco con las patas pardas que a veces pareces un perro enorme, el más grande que haya visto, pero con mirada de lobo, claro que sí, no de perro.

Y tus intenciones también.

Entre las cuatro y media y las cinco y media de la madrugada te me quedas viendo y gruñendo bajo, salivando, presentándome esos dientes que son como de piedra, sacándome la lengua como si con ella

me olieras, cerrando tus ojos oscuros de cuarzo gris, como si fueran dos chispas que han sido golpeadas por un martillo. Tú, que me muestras esos colmillos que se entrecruzan, moviendo la cola, colocando una de tus patas delante de la otra, como si estuvieras listo para atacarme.

¿Qué puedo hacer? Pedro duerme y yo contigo; nada menos que un lobo en mi dormitorio. Sí, la verdad es que me parece que esta noche soy una emergencia mayor.

Por el momento, no hago otra cosa que cerrar los ojos, esperando quedarme dormida o hasta que tú decidas despedazarme luego de decirme lo que dijiste:

—Te juro que te mato.

Lo que suceda primero.